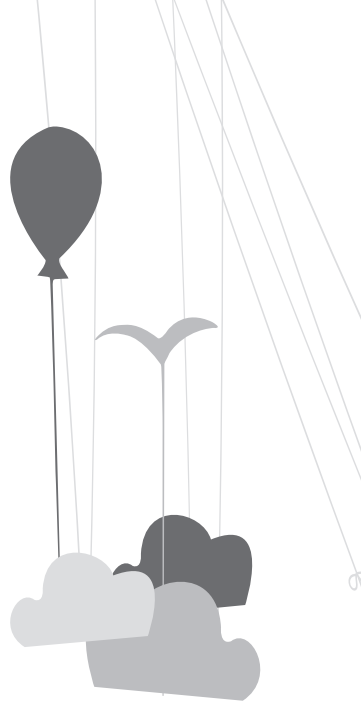


día uno

Viernes 4 de julio, 2:01 P.M.



-Es Stevie -digo después de que Algodón de Azúcar se ha retirado, pero antes de que la psicóloga lo tergiverse.

Permanezco contra la puerta, por necesidad de apoyo, aferrada a la promesa de una rápida huida.

-Stevie, soy Anna. Seré tu terapeuta personal durante tu estadía -la psicóloga sonríe con calidez, pero permanece quieta en su butaca roja. Está plegando un papel amarillo satinado con movimientos rápidos y seguros hasta que comienza a tomar forma cuadrangular. No intenta estrechar mi mano ni (tal vez *haya* un poder superior) abrazarme-. Oficialmente, no comenzaremos hasta mañana, pero escuché que ingresabas hoy y quería saludarte -coloca la escultura de papel sobre la mesa auxiliar que está a su lado.

Yo asiento como recompensa por no haberme tocado.

-¿Por qué no tomas asiento? -hace un gesto hacia el sofá turquesa de dos plazas enfrente a su silla, encima

del cual hay dos cojines redondos azafranados que están hilvanados con pequeñas cuentas marrones.

Considero no moverme. No sería justo tentarla con la obediencia. No obstante, me encuentro tan cansada y pesada que me encojo de hombros y me dejo caer sobre los suaves almohadones. En el momento del impacto, imagino que soy como cualquier otra chica acomodándose en el sofá luego de la escuela. Dejo que mi otro yo imaginario tome un bocadillo. Helado. No. Cereales azucarados, de la clase que mi madre solía decir que me darían cáncer.

-La primera semana te puede resultar un poco abrumadora, hasta que te acostumbres al tratamiento y a los horarios -dice la psicóloga, que viste jeans holgados y rotos, y una camiseta blanca sin mangas. Un chaleco color musgo oculta su envidiable y prominente clavícula, pero sus muslos y trasero son blandos. Lleva los pies descalzos, con excepción de un anillo turquesa en uno de los dedos. Mechones color fresa se amontonan en un caótico rodete sobre su cabeza. Tiene un tatuaje del signo de la paz en la parte interna de su muñeca derecha, por lo tanto todos sabemos que practica el yoga caliente y dona dinero a Planificación Familiar-. Cada mañana con el desayuno, recibirás un cronograma que te dirá dónde tienes que estar y cuándo. Todos los días contarás con un momento para relajarte y reflexionar. Tiempo libre, esencialmente, aunque tendrás que quedarte dentro de la casa o en el jardín.

-Entonces, no es libre -lamento haber abierto la boca. No tengo que permitir que llegue a mí.

-Durante la primera semana, vas a conocer a todo tu equipo de tratamiento: a mí, a tu médico, tu psiquiatra y tu nutricionista -continúa impávida, acurrucando sus pies debajo de ella-. Habrá

mucho papeleo y pruebas, al igual que exámenes médicos, para que podamos comprender tus necesidades mientras estés aquí.

Tampoco es que estaré aquí mucho tiempo. Faltan exactamente veintisiete días para el Aniversario. Si es que aguanto tanto. Con suerte, me habré marchado para entonces. Habré desaparecido, como mi madre antes de mí.

-Una vez que tengamos todo el material -la psicóloga añade-, comenzaremos con tu rutina. Tendremos sesiones tres veces por semana, y tendrás terapia grupal dos veces.

Parece que es hora de que me encoja de hombros nuevamente.

-Es mucho para asimilar, lo sé -cuando sonrío, advierto que sus dos dientes delanteros sobresalen levemente por debajo-. Puedes preguntar lo que necesites. ¿Tienes alguna duda ahora mismo?

Sacudo la cabeza en señal negativa.

-De acuerdo -inclina un poco la cabeza y asiente-. Pues debes estar exhausta.

No hay forma de que sea doctora con una actitud como esa. Echo un vistazo a la pared de mi derecha en busca de un diploma, pero no hay nada. Probablemente sea para hacerme sentir que es solo una chica que conozco y que estamos pasando el rato en su dormitorio, hojeando revistas y charlando sobre temas como *¿Me quedaría bien el flequillo? Sé honesta.*

Y luego: *A veces me encierro en el baño y llevo el cepillo de dientes hasta la garganta. ¿Es muy raro? Sé honesta.*

Me paso la mano derecha sobre el estómago y cuento las costillas del lado izquierdo. Una vez, dos veces, tres veces. No están tan puntiagudas como ayer. Necesito salir de este lugar. Esto fue un gran error. Le dije a papá que lo era.

La terapeuta levanta una carpeta de la mesa que se encuentra junto a ella y revisa el contenido.

-Por tus documentos, parece que no has tenido demasiado tiempo para prepararte para... *esto*. ¿Tuviste un solo día para alisarte? -la mesa está pintada como un tablero de ajedrez. Sobre ella hay una de esas fuentes al estilo zen, que es llamativa y un poco irregular, como elefante con problemas de próstata que intenta orinar.

-Incorrecto -ahora el lado derecho. Una vez, dos veces, tres veces. Apenas puedo palparlas debajo de la blandura-. Ocho horas.

-Vaya -se inclina hacia mí-. ¿Me puedes contar un poco cómo fue eso? ¿Qué te trajo aquí?

-Mi padre estaba preocupado, supongo, y por eso llamó. No puedo... no lo sé -no estoy mintiendo. De veras no sé cómo llegué aquí. Me acaricio el muslo derecho con el dedo del medio y puedo sentir la cicatriz a través de la tela gastada y dura de mis pantalones.

-Cuéntame lo que recuerdas. Desde tu punto de vista, no del de papá -*del de papá*, dice ella, como si fuera nuestro padre; como si nuestras historias fueran la misma.

-Nunca dije que no podía recordar -pero me mira fijamente y sé que no se va a dar por vencida hasta que le diga algo-. Llegué a casa ayer por la noche... esta mañana... y él me estaba esperando en el sofá de dos plazas, mirando televisión.

-¿Y a qué hora fue esto?

-No lo sé. A las tres, a las cuatro. Cualquiera sea la hora en la que pasan las repeticiones de *Dick Van Dyke*.

¿Has estado fuera?

Con Eden, mi... esta chica, Eden. Ella me trajo a casa en su coche.

Hundo las uñas en uno de los cojines amarillos. Pronunciar el nombre completo de Eden llena mi boca de rabia líquida. Pero ella es todo lo que me queda, por lo tanto la trago.



Cuando llegué a casa, papá estaba fumando en camiseta y jeans. Su boca estaba abierta, pero no emitió ningún sonido. De pronto, Josh apareció en la habitación, tal vez a causa del alcohol.

-Está asustado -tradujo Josh-. No sabía en dónde estabas. Jamás sabe en dónde te encuentras.

-¿No se da cuenta de que estoy ebria? -lancé una risita-. ¿Borrachita, borracha, borracha?

-No es tonto, Stevie -podía sentir el agotamiento de Josh-. Nunca lo valoras lo suficiente, ni a él ni a nadie.

¡Ohhh, Rooobbbb!, Mary Tyler Moore se queja en la pantalla.

-Escucha -dije yo-. Quizás puedas dejar el discurso moral para otro día. Tengo mucho por hacer. Se acerca un Aniversario, ¿sabes?

-Cállate.

-Estoy preparando el sacrificio -expliqué con solemnidad. Segundos después, invadida por una carcajada repentina, me acerqué a papá y al gemido de Mary Tyler Moore. Y luego todo se tornó oscuro.



Cuando me quedo en silencio, la psicóloga toma una botella plástica de *Dasani* que está a sus pies.

-Papá mencionó que te habías desmayado apenas regresaste y que te habías golpeado la cabeza con el borde de la mesa de café -la destapa y bebe un sorbo.

Señalo la Italia púrpura que se encuentra encima de mi ojo. *Exposición A, signorina.*

-Pérdida de conocimiento... ¿Se debe a tu anorexia, a tu desnutrición o también has estado bebiendo?

-Ambos -muerdo la parte interna de mi mejilla, pero no creo que oculte la sonrisa. Mis ganas de huir han desaparecido y, ahora, lo único que deseo es cerrar los ojos y deslizarme dentro del mundo, penetrarlo hasta que mi piel se pudra. *Anorexia*. Sí. Sí. Es como si ella me estuviera viendo por primera vez.

-¿Y eso ocurre seguido?

-¿Qué cosa? -pregunto, ansiando que lo vuelva a repetir. *Llá-mame por mi nombre*-. ¿El alcohol o los desmayos?

-Ambos. Cualquiera -su perfil se vuelve borroso alrededor de los bordes, hundiéndose de lado a lado.

-A veces.

-Y entonces... llegas a casa, pierdes el conocimiento y, cuando lo recobras, ¿qué recuerdas?

-Eh... -cierro los ojos-. ¿*Pretzels* o maníes? -me acuerdo de esta parte: una mujer de pestañas delgadas y maquillaje naranja estaba inclinada sobre mi asiento con una sonrisa de porcelana y acento sureño. ¿*Prayt-sels* o maníes, querida?

-Lo siguiente que recuerdas es el viaje en avión desde Atlanta.

-No comí ninguno -dije rápidamente.

-Ningún...

-*Pretzel* ni maní. No comí ninguno -el solo pensarlo me retuerce el estómago. Vuelvo a contar las costillas. Esta vez, apenas logro distinguirlas.

-Ya veo -la psicóloga se inclina un poco hacia delante-. ¿Te molesta si te pregunto en qué estás pensando ahora mismo?

Mis ojos se abren de inmediato y, repentinamente, veo el mundo con sorprendente claridad.

-Pienso que no necesito estar aquí.

El aislamiento me ha hecho mordaz como un halcón. Sé lo que tiene que pasar. Esta noche llamaré a Eden y le pediré que me envíe un pasaje de avión. Estará enojada luego del mensaje de texto que le mandé esta mañana antes de que despegara mi avión, pero le diré que continuaba ebria. Y que no lo dije en serio. Una sola llamada, y ella me salvará. Los teléfonos celulares no están permitidos aquí; sin embargo, al bajar del avión, me escabullí al baño y lo puse dentro de mi sostén, junto con los veinte dólares que robé del bolso de mi padre.

-No crees que estás lo suficientemente enferma como para estar aquí -dice-. Entonces, si tuvieras que poner un número del uno al diez a tu motivación para buscar ayuda, ¿cuál sería ese número? El diez representa que estás plenamente motivada.

Oh, estoy motivada a hacer todo lo necesario antes del Aniversario. Si piensa que me va a detener con abrazos y cabeceos, está loca.

-¿Con quién tengo que hablar para retirarme de este sitio esta noche, por ejemplo?

Sus labios se separan como si fuera a decir algo. Luego cierra la boca por un instante. El elefante que orina en la habitación se torna difícil de ignorar.

-Sin duda comprendo que encontrarte en un centro de rehabilitación al otro lado del país debe ser abrumador. Especialmente porque no has tenido tiempo para prepararte.

-No estoy abrumada -afirmo. Mi paciencia se diluye. ¡Ja! *Se diluye*-. Simplemente, no pertenezco a este lugar.

-Sé que te sientes de esa forma. Pero, Stevie... -me mira a los ojos. No había reparado antes en el color de los suyos, que son de un turquesa casi idéntico al del sofá.

"Stevie -repite nuevamente-. Déjame asegurarte que necesitas estar aquí. Te encuentras increíblemente desnutrida. Si no

recibes un tratamiento intensivo, morirás. Imagino que debes querer morir, de hecho.

Finalmente nos entendemos.

-Entonces, por ahora, quiero que vivas lo suficiente por el bien de ambas. Y eventualmente, tal vez llegues a desearlo por ti misma.

Lo que *quiero* es regresar al plan. Tic tac.

-Entonces... ¿retirarme por mí misma?

-Como tienes diecisiete años, no podrás abandonar el sitio tú sola -dice acomodando las manos sobre su regazo-. Papá tiene que hacerlo y ha dejado bien en claro que quiere que te quedes los sesenta días completos y aun más, de ser necesario.

Mi cuerpo se derrumba, como si ella me hubiera golpeado hasta dejarme sin aliento.

Ahora habla de otra cosa, algo sobre “recuperación con R mayúscula”. Probablemente, me esté diciendo que este podría ser el primer día del resto de mi vida. Eso es lo que me dijo mi padre camino al aeropuerto.

Sesenta días. Su programa es... inoportuno. ¿Acaso no sabe que faltan solamente veintisiete días para el Aniversario? Planeé este día con exquisita atención al detalle. Coreografié cada uno de mis movimientos -con más de un tropiezo, lo sé- durante casi un año.

Ya encontraré una solución, me digo a mí misma. Voy a llamar a Eden para que me compre un pasaje de avión. Y voy a pedir que me lleven al aeropuerto. Lo que sea que tenga que hacer para estar en casa a tiempo para morir. No volveré a traicionar a Josh.

No respiraré ni una vez en el día que se cumple un año de la noche que maté a mi hermano.